

ISSN 2007-1620

Humanitas

Universidad Autónoma de Nuevo León
Anuario del Centro de Estudios Humanísticos

Años 47, No. 47, Vol. III
Enero-Diciembre 2020

Letras



UANL®

RELECTURAS DEL REINO, EL CUENTO HISTÓRICO EN MARIO ANTEO Y LA CRÓNICA SEROPOSITIVA DE JOAQUÍN HURTADO

Roberto Kaput González Santos*
Universidad Autónoma de Nuevo León

*Nos reportamos listos para el holocausto, señor.
Joaquín Hurtado*

*Andando, tráeme ese asterisco.
Mario Anteo*

Resumen: En este artículo, empleo el término “reino” para nombrar un momento particular de la literatura regiomontana, la moderna, en una ciudad del norte de México, Monterrey, la cual arranca con la

* Dr. Roberto Kaput González Santos (UANL). Investigador, ensayista y crítico literario. Licenciado en Letras Españolas por la Universidad Autónoma de Nuevo León; maestro en Lengua y Cultura Españolas por la Universidad de Salamanca; doctor en Estudios Humanísticos por el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey. En 2008 obtuvo la beca de la embajada de Francia en Madrid para cursar estudios en Toulouse II-Le Mirail. Desde 2012 se desempeña como docente en la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL. Sus áreas de investigación son la historia del periodismo en el norte de México y suroeste de Estados Unidos, la narrativa mexicana del siglo XX y los estudios culturales en Latinoamérica. Ha publicado el ensayo *El México de Afuera. Polemistas de la Revolución Mexicana* (UANL 2020) y *Somos lo que nos trae el tiempo* (Tilde, 2020), biografía musical del grupo de Hip-Hop norteño THR. En 2019 entró al Sistema Nacional de Investigadores. Correo electrónico: robertokaput@gmail.com.



aparición del libro de relatos homónimo de Raúl Rangel Frías en 1972, entra en crisis a mediados de los años 90 con la celebración de los 400 años de la fundación de la ciudad, se reconfigura con la narrativa del nuevo siglo. El reino, por tanto, como campo literario en el cual Mario Anteo y Joaquín Hurtado produjeron su obra; el reino, también, como proceso, sin mayúscula, más discurso literario que canon, abierto a relecturas desde múltiples intereses, literarios y extraliterarios. Para ello, se comentarán las obras *Hervor de riel* (2002) y *Crónica sero* (2003).

Palabras clave: Mario Anteo, Joaquín Hurtado, crónica seropositiva, cuento histórico, literatura regiomontana.



Reineros

HASTA HACE NO MUCHO, cuando la crítica hablaba de modernidad literaria, solía hacerlo apelando a criterios estéticos. Esa noción de modernidad descartaba la experiencia más bien ancilar de las letras regionmontanas. Así fue hasta agosto de 1972, con la aparición del libro de relatos *El Reyno* de Raúl Rangel Frías. La lectura histórica que unifica los relatos, el humanismo industrial de Andrés, protagonista repetido en distintas narraciones, inaugura entre nosotros esa otra clase de narraciones, las modernas.

El autor no sólo funda dicha tradición, también le hereda su forma clásica: el libro de narraciones fragmentarias que ofrece una lectura integral de ese espacio histórico, cultural, emocional de la ciudad habitada. Ese modelo de autognosis es lo bastante rico, lo suficiente elástico como para impulsar poéticas opuestas. Por tanto, antes que una forma literaria, hemos de entenderlo como un modelo de lectura llamado a ampliar y reordenar los discursos del reino.

Mario Anteo: *Hervor de riel* (2002)

Dejemos para otra ocasión los ajustes, hablemos de relatos históricos en general. La referencia obligada es Lukács. Decía el húngaro que los medios poéticos de las narraciones históricas surgen de una base socioeconómica e ideológica concreta, son históricos. Noe Jitrik confirmó lo anterior en su famoso artículo sobre el desarrollo de la novela histórica en América Latina: cuando la base cambia, cambian los recursos literarios o la función que cumplen en el relato. Los relatos históricos, como señala Pons, no son sino una manera peculiar de introducir en la ficción elementos de la época, relatos híbridos en busca de soluciones formales. Por tanto, cualquier comentario sobre los cuentos históricos de Mario Anteo debiera considerar estos tres elementos: el estado del arte de la historiografía (noción de

historia que opera en la ficción); la situación literaria en general (repertorio, prácticas, corrientes); los patrones culturales, la ideología que impera en el momento de su producción (transición de la cultura del trabajo regiomontana al discurso global de la competitividad). No disponemos de espacio para desarrollarlos a cabalidad, pero es importante tenerlos en cuenta conforme recorremos las estaciones que reescriben la historia de los prohombres del reino.

Lo primero que habría que decir es que Mario es un artesano del cuento. El cuento moderno es pura economía. Lo que pasa es que esa economía no siempre supedita los detalles a la unidad del final. Consideremos, además, que desde los 90 el interés de un relato histórico no radica en imponer lecturas a través de un golpe de efecto, sino en desmontarlas sometiéndolas a revisión. Los detalles en este tipo de relatos son importantes, nos permiten reinterpretar las motivaciones de los héroes del discurso oficial. La otra economía del cuento es la brevedad. En él, los detalles de las narraciones históricas más amplias (la novela) se transforman en apuntes. Lean “González”, cuento donde el autor perfecciona esta técnica:

Recordó una obra de Shakespeare pero, cosa extraña, no encontró el título por más que hurgó en su célebre memoria. ¿Cómo se llamaba? Era el nombre de un apuesto adolescente que debió enfrentar un mundo de muerte y corrupción. En el cementerio le preguntaba a una calavera a dó tus labios carnosos y apetitosos, dónde yace tu risa cristalina, y él mismo respondía que incluso Alejandro Magno había devenido al cabo un banquete de gusanos. (81)

El Benemérito de Nuevo León, inteligencia capaz de dictar un tratado sobre costumbres funerarias sin consultar fuente alguna, olvida el título de una de las principales obras de Shakespeare. Inútil que desgrane el monólogo del príncipe, la

crisis del personaje se condensa en el dato omitido. La sabiduría de González trastabilla en el momento en que cede al calor de las pasiones. El hombre de ciencia, celoso del alumno, censura el espectáculo que aparta al *pollito* de sus estudios en Colegio Civil. La figura del sabio bondadoso finalmente se fractura: es vergüenza lo que lo sumió en los libros, es rencor lo que lo aparta de las mujeres. Su ceguera no es sólo física, es emocional.

Los procesos de desclasamientos son parte importante del argumento de los relatos históricos tradicionales: dos o más representantes de corrientes sociales distintas entran en conflicto como resultado de los poderes históricos que encarnan. En las narraciones que nos ocupan, ese encontronazo no se cumple primariamente entre clases, sino entre generaciones: los representantes de la historia liberal son cuestionados (o francamente enjuiciados) por personajes jóvenes. El cuento “Regalo de Reyes” es elocuente:

Nunca debió volver. Ahora el hombre del momento era Madero, quien, con todo y su burócrata facha, se atrevió a enfrentar al dictador. Cuando usted regresó, su persona ya no representaba la única opción contra Díaz, sino más bien los restos de Díaz, y ya nadie quería acordarse del dictador. ¡Pero cómo no se dio cuenta! Ya no era el futuro sino el pasado. (48)

El antiguo ministro de Guerra, el impulsor de la Segunda Reserva del ejército, se ha quedado sin efectivos. Ironía. Su mansedumbre frente al poder central le cuesta el respeto de Pedro, obrero que adquirió derechos durante su gobierno. El problema del muchacho con el general es político: el general ha dejado de representar el futuro. El alegato cuestiona su fama de impulsor de la modernidad en la región. Esta mirada crítica sobre los héroes oficiales, el apunte irónico, nos permite

conectar la obra de Mario con los presupuestos de los relatos históricos de fines del siglo XX. Dice Pons:

La reciente producción de novelas históricas se caracteriza por la relectura crítica y desmitificadora del pasado a través de la reescritura de la Historia. Esta reescritura incorpora, más allá de los hechos históricos mismos, una explícita desconfianza hacia el discurso historiográfico en su producción de las versiones oficiales de la Historia. (16)

¿Puede ser de otra manera? Pienso en el lugar desde el que se producen. Digamos que la historia nacional de los norteños no coincide punto por punto con la de los capitalinos, digamos también que las lecturas locales de la historia nacional son muchas. De todas esas tensiones se alimenta *Hervor de riel*. La Historia con mayúscula se desacraliza echando mano de recursos literarios posmodernos: empleo de la ironía, la parodia, el mundo onírico, guiños de ficción autorreflexiva, recursos inverosímiles.

Anteo no es un autor que respete decálogos: cuando uno de sus personajes necesita un motivo para entrevistarse con otro, hace aparecer una sardina y nos informa que ahora podrá hacerlo. Gesto de maestro, desde luego, pero no ruso. O por lo menos no los rusos que leía Hemingway. Sus relatos históricos se parecen mucho al jardín del general Escobedo: despeinados y fogosos, inquisitivos con la historia, críticos con la solemnidad, nostálgicos, disparatados, aventureros:

- ¿Qué tan lejos está la luz?
 - No lo sé. Podría estar aquí a unos metros. Es como un asterisco de chispas.
 - ¡Qué imagen, Vidal! Pues andando, tráeme ese asterisco.
- (94)

La última estación de este recorrido por los rieles de la historia es en realidad un bucle tragicómico: tras perder la patria chica con el lamento de Servando, el lector, que ha viajado a contrapelo del correr natural del tiempo, regresa a la noche en que Zuazua, héroe faulkneriano de Lampazos, despierta de su última batalla para recibir un balazo en la frente. También eso: de los Rifleros del Norte no queda nada. Aquello fue un corto de Peckinpah: el clarín enloquecido dando todas las órdenes del mundo, el revólver debajo de la almohada, el disparo, la caída del héroe.

El dato es histórico, la imaginación literaria: Zuazua despierta de un sueño donde se bate heroicamente con Escobedo para morir en una emboscada con Vidaurri. El estratega del Ejército del Norte muere como el bulldog de su majestad inquietísima. La síntesis del héroe local muere sin gloria.

Mario Anteo es un maestro del cuento histórico contemporáneo: la elegancia de su humor nace del cuidado que pone en los detalles.

Joaquín Hurtado: *Crónica sero* (2003)

La crónica, repiten los que saben, es literatura bajo presión. Supongamos que es así: ¿bajo presión de qué? Bajo presión de algo situado fuera de ella. Ese afuera de la literatura nos permite apreciar el tipo de relaciones que establece la ficción con la realidad. Entonces, digamos que lo que presiona a la crónica es un acontecimiento público, en desarrollo, en el que se encuentran inmersos distintos actores, incluido el lector. Bueno, esa afirmación abarca apenas la mitad del fenómeno. Porque la crónica, además de proporcionar información sobre tales acontecimientos, adopta frente a ellos una cercanía (espacial, temporal, física) que termina por resignificar los materiales con los que trabaja.

La posición de la figura del cronista es fundamental, y ésta sólo se establece echando mano de ciertos elementos de la ficción. Recorro al primer anuncio de crónica moderna entre nosotros. En ella, Oswaldo Sánchez y Alfonso Zaragoza anuncian el reajuste del género:

Presenciar una catástrofe desde un punto distante al que el peligro no pueda ni acercarse siquiera; ver los elementos de la naturaleza conjurarse furiosamente contra todo un pueblo próspero y feliz, hasta donde puede concebirse la felicidad en el seno de las modernas sociedades; contemplar cómo la muerte en un segundo aniquila lo que produjo una labor fecunda de muchos años, sin que al corazón ni al espíritu llegue el dolor de perder un ser adorado, es admirar, con ojos de espanto, un espectáculo divinamente siniestro, grande para el arte, fríamente doloroso para la historia e intensamente acerbo para el llanto.

Pero encontrarse frente a frente de la muerte que amenaza, sin resistencia posible al golpe rudo de su guadaña; ver que de las propias manos se escapa para siempre lo que siempre vivió en el fondo del alma; sentir que el corazón se constriñe cuando una madre lanza un pavoroso grito como única protesta contra el devastador elemento; gesticular horriblemente expresando la suprema angustia; levantar al cielo inmovible las manos crispadas en demanda de auxilio que nunca llega; hundir la mirada terrorífica en los ímpetus del caudal donde se hunde desesperadamente lo que flotó risueño sobre el tranquilo mar de nuestra existencia; confundir, en fin, las cristalinas gotas de llanto con el agua sombría, páfida, trágica del monstruo asolador, es vivir la vida de la desesperación última de la muerte. (1-2)

Podemos discutir si *El río fiero, bramaba* (título original, *La inundación en Monterrey. 27 y 28 de agosto de 1909*) cumple o

no su promesa, lo importante no es eso. Lo significativo es la claridad con la que enuncia la convención del género. ¿Por qué traigo a colación esto? Comprender que los cronistas, con el fin de acercar a los lectores al escenario de la catástrofe, resignifican los materiales, es fundamental para apreciar la complejidad de la crónica seropositiva que practica Joaquín Hurtado, instalando en el centro del país la discusión en torno a la cerrazón del reino, como discurso, frente al VIH, documentando sus discursos, cronicando sus cuerpos.

La columna *Crónica sero* aparece en *Letra S*, suplemento mensual de *La Jornada*, en 1996. Desde esa tribuna, el cronista enjuicia al reino denunciando sus reacciones frente al Sida. Tras seis años de entregas, Joaquín reúne el material para que se publique, con el mismo nombre, en la colección *Árido Reino* de Conarte. El resultado se deja leer como una gran crónica seropositiva que registra la lucha contra el VIH, la ignorancia, el miedo, las simulaciones, la crueldad de la familia, de las instituciones del Estado; que abre espacios para la denuncia, el testimonio, la memoria de los protagonistas; que introduce en el espacio público historias marginales, cotidianas, de las que poco a poco emerge otra manera de comprender la ciudad.

Si comparamos este libro con la obra de Sánchez y Zaragoza, notaremos al menos cuatro cambios: la catástrofe es global, simultánea, diferenciada, ello supone un manejo del tiempo más complejo; la unidad del discurso se fragmenta, la escritura no sólo impugna los acuerdos desde los que se lee la enfermedad como acontecimiento, impulsa otros; la duración de la crisis se dilata, carece de cierre, el estado de emergencia coexiste con la indiferencia; el medio de difusión, en el caso de la columna, es nacional, lo que no es anecdótico, la ciudad se transforma en otra clase de signo, introduciendo la mirada de un tercero excéntrico, descentrado del discurso de la competitividad global o el humanismo industrial de Rangel Frías.

Lo anterior sugiere que al cambiar el afuera que presiona a la crónica, el cronista echa mano de distintos recursos literarios. Porque el tipo de crónica que practica Joaquín, además de denunciar la cerrazón circundante, infiltra sus enunciados con los cuerpos de los pacientes seropositivos:

Aquí vienen los gays y los heteros. Aquí viene la esperanza y el miedo. Aquí pasa la rabia y el sonido de la rama seca que se rompe en la noche callada. Aquí viene la enfermedad que se volvió metáfora, grito, bandera. Aquí vamos los héroes y los cobardes. Aquí vamos los que vivimos en los escondrijos. (...) Sólo quisimos avisarle a la ciudad que el Sida es tan de carne y hueso como sus hijos, sus vecinos, sus maridos. Como mi amigo Wences. Sin embargo, la ciudad responde con el más sólido silencio. (122)

¿Cómo se comunica ese silencio? Se le denuncia, desde luego, la indignación de Joaquín no conoce disimulos: “El presidente volvió a olvidar la palabra ‘sida’ en el Informe de Gobierno” (31); “no hay dinero en el país, no hay dinero para mis comanches, las sidolocas, no hay vergüenza de quien lo dice” (92). Pero también se identifican las prácticas, se reproducen los discursos, se exponen los mecanismos que despliega la ciudad para silenciar las voces del Sida: la homofobia, el clasismo, el morbo de los medios, el fanatismo, la condena laboral disfrazada de bien común, los cuchicheos, los formularios médicos.

La crónica monta todo este andamiaje sobre el testimonio de los protagonistas: interroga sus deseos, clasifica sus dolores, ausculta sus orificios, censura sus conductas, legisla sobre sus cuerpos, irrumpe en sus sueños, profiere la condena. El cronista se carcajea: “La autocompasión es siempre el paso previo a la siguiente estupidez” (153). De suerte que deja al lector la

obligación de establecer una relación crítica con el afuera que nombra la escritura:

No hay días buenos ni días malos. Hay días con muchas o pocas horas. Hay días de pavor líquido que contrastan con días de dolor seco. Porque cuando no es la colitis es la fatiga. Cuando no es el insomnio es la narcosis. Cuando no es el estreñimiento es la diarrea. Cuando no es nada de esto es la gotera encima de la cama, es la mensualidad de la casa vencida, es el crimen a la vuelta de la esquina. (101)

Esos cuerpos están ahí, detrás de cada historia. Pero la única manera de hacerlos presentes en un entorno que los ignora o los deforma es la escritura. Por tanto, no basta con presentarlos, cambiar las cifras de las estadísticas por la letra de los expedientes. Hurtado los recrea como personas que chocan o interactúan con un orden que ha colonizado la producción de significados, intenta desarticularlos mediante la ficción. Su escritura es doblemente polémica: expone los discursos del reino al mismo tiempo que lucha por ampliarlos. Su modelo de narraciones fragmentarias apuesta por la inclusión de otras voces, otros materiales, otras interpretaciones, otra concepción del tiempo, otro armado. El epílogo que aparece en la segunda edición (2017) es elocuente:

Necesitamos un reloj armado con palabras que abrevien de letras colindantes y todas las herramientas técnicas literarias, un mecanismo que entienda y recree desafiante una lengua bastarda, impura, huidiza; para decirnos con todo el arbitrario desenfado el tiempo que cada cual vive en su ciudad. Dejar que el tiempo pronuncie su discurso. Por eso es tan importante relatar la urbe que gozamos y padecemos. La crónica urbana nos da la oportunidad para que cada testigo, cada observador acucioso de su realidad

vea su reloj, lo coteje con la altura del sol, escrute la textura de las sombras, calibre los haces luminosos, contraste los claroscuros y nos dé su visión por más tersa, perturbadora, repugnante o salvaje que parezca. (375)

Ese armado (heterogéneo, simultáneo, discontinuo, polifónico, abigarrado) propone un nuevo modelo de reconocimiento: la construcción de significados (del reino, del Sida, de la familia, de la sexualidad, de lo que sea) se alcanza a través del disenso. Ese debate es público, no privado, demanda el testimonio de todas las partes, no el silenciamiento de las voces que incomodan. El cronista no le ahorra nada al lector (el Opus, los medios, los políticos, la familia, los compañeros), constantemente lo orilla a pronunciarse. ¿Esto somos? Y si somos esto, ¿qué hacemos?

Las crónicas de Joaquín son los heraldos negros del reino, pero en medio de la destrucción, la hipocresía, el odio, el cronista encuentra el germen de otra belleza, una perla negra de las que desarmen a cualquiera: “Una voluntaria suiza descubrió que a los niños con Sida se les puede ayudar a comprender su eventual muerte a través de los cuentos de hadas” (158).

El reino subvertido

El soporte material del humanismo industrial, encargado de empatar los intereses empresariales con el humanismo universitario, comenzó a desmontarse a mediados de los años 80. Para 1996, el discurso de la competitividad encontraba su escaparate global en las celebraciones de los 400 años de la fundación de Monterrey (Palacios 189). Ese "intento de inserción en la modernidad" (Farías 199) neoliberal, tuvo su correlato en la cultura. En el campo literario, hubo un importante incremento en la publicación de obras. Cito a Carolina Farías Campero, directora del Fondo Editorial de Nuevo León:

El Gobierno del estado participó directamente en la labor editorial. Lo hizo primero a través del Departamento de Publicaciones, entre cuyas colecciones destacó la Biblioteca de Nuevo León y, a partir de 1995, a través de Conarte y su Fondo Estatal para la Cultura y las Artes. [...] La Universidad Autónoma de Nuevo León, por su parte, ha publicado tanto a jóvenes escritores como a sus catedráticos más reconocidos. [...] A nivel nacional se sumaron a los catálogos de Conaculta, en la colección Tierra Adentro, autores como Joaquín Hurtado, Patricia Laurent Kullick, David Toscana, Hugo Valdés Manríquez y Armando Alanís Pulido.

En el Fondo de Cultura Económica aparecieron también obras de escritores como Ricardo Elizondo, Mario Anteo, Carmen Alardín y Guillermo Meléndez. Además, algunos de sus libros, y los de autores como Eduardo Antonio Parra, Héctor Alvarado, Samuel Noyola, Minerva Margarita Villarreal, José Javier Villarreal y Dulce María González, entre otros, aparecieron bajo el sello de reconocidas casas editoriales con sede en la ciudad de México. (205)

Ese incremento editorial, a pesar de las fallas estructurales que la misma autora enlista más adelante (ausencia de un plan de distribución nacional que rompa con el centralismo, asimétrico en relación con la oferta de editoriales internacionales, acotado por los índices locales de lectura), produjo, a principios del siglo XXI, poéticas críticas, entre otras, los cuentos históricos de Mario Anteo y la crónica seropositiva de Joaquín Hurtado. Los cuentos históricos y la crónica trabajan con tiempos y recursos diferentes: mientras que los primeros someten a revisión el pasado mediante la ironía, la parodia, la ficción autorreflexiva, la segunda denuncia el presente en nombre de un discurso inclusivo futuro, echando mano de una



lengua impura, la sátira, la denuncia indignada, el testimonio apocalíptico, el erotismo desgarrado, la fragmentación, el desenfado, el melodrama. En ambos, el registro temporal cuestiona el discurso oficial, monolítico, cerrado, del otrora discurso hegemónico regiomontano, confrontándolo, ahora, con las voces emergentes o subalternas.

Cada uno por su lado, recorriendo caminos desiguales, acuciados por intereses diversos, ambos autores suman, contradicen, reinterpretan lo que significa ser reinero.

Fuentes consultadas

Bibliográficas

Alvarado Díaz, Héctor. “Recuento del cuento”. *Biblioteca de las artes de Nuevo León. Tomo I. Literatura*. México: Conarte, 2013.

Anteo, Mario. *Hervor de riel*. México: Conarte-FCE, 2002.

Barrera Enderle, Víctor. *Siete ensayos sobre literatura y región*. México: Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Nuevo León, 2014.

Covarrubias, Miguel, ed. *Desde el Cerro de la Silla*. Monterrey: UANL, 1992.

Farías Campero, Carolina. “Manifestaciones artísticas frente a la globalización”. *Nuevo León en el siglo XX. Apertura y globalización. De la crisis de 1982 al fin de siglo. Tomo III*. México: Fondo Editorial de Nuevo León, 2007.

Hurtado Pérez, Joaquín. *Crónica sero*. Colección Árido Reino. México: Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Nuevo León, 2003.

_____. *Vuelta prohibida. Tomo I (Narrativa reunida 1991-2003)*. México: Atrasalante, 2017.

Jitrik, Noe. “De la historia a la escritura: predominios, disimetrías, acuerdos en la novela histórica latinoamericana”. *The historical novel in Latin America. A symposium*. USA: Tulane University, 1986.

Lukács, Georg. *La novela histórica*. México: Era, 1966.

Marquet, Antonio. “La hora sero de Joaquín Hurtado”. *El crepúsculo de Heterolandia. Mester de jotería. Ensayo sobre cultura de las exuberantes tierras de la Nación Queer*.

- Biblioteca de Ciencias Sociales y Humanidades. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, 2006.
- Palacios Hernández, Lylia. “De la cultura del trabajo a la cultura de la competitividad”. *Nuevo León en el siglo XX. Apertura y globalización. De la crisis de 1982 al fin de siglo. Tomo III*. México: Fondo Editorial de Nuevo León, 2007.
- Pons, María Cristina. *Memorias del olvido. La novela histórica de fines del siglo XX*. México: Siglo XXI, 1996.
- Rangel Frías, Raúl. *El Reyno*. Monterrey: Sistemas y Servicios Técnicos, S.A., 1972.
- Rangel Guerra, Alfonso. “Historia de la novela (1901-2011)”. *Biblioteca de las artes de Nuevo León. Tomo I. Literatura*. México: Conarte, 2013.
- Rodríguez Lozano, Miguel. *El norte: una experiencia contemporánea en la narrativa mexicana*. México: Conarte, 2002.
- Salazar, Humberto. *La crítica literaria en Monterrey (1880-1980)*. México: Centro de Información de Historia Regional de la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL, 1995.
- Salazar, Jezreel. “La crónica: una estética de la transgresión.” *Razón y Palabra*, vol. 10. No. 47, octubre-noviembre, 2005. Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, Estado de México, México.
- Sánchez, Oswaldo y Alfonso Zaragoza. *El río fiero, bramaba. 1909*. Monterrey: Cuadernos del Archivo General del Estado, 1989.